

Tanta y tanta belleza que ya un día
 Soñaba yo en idea
 Y en tí vivas se ven? Vendrán las horas
 De hielo y luto, y la vejez amarga
 Vendrá encorvada á marchitar mis días;
 Entonces ¡ay! entre la penas mías
 Tal vez en tí pensando,
 Diré: «Vi á Cintia»; y en aquel momento
 Las gracias, la elegancia,
 Las risas, la inocencia y los amores
 A halagarme vendrán; vendrá tu hermosa
 Imágen placentera,
 Y un momento siquiera
 Mi triste ancianidad será dichosa.

PARA UN CONVITE DE AMIGOS.

CORO.

¡Compañeros, silencio! El aura inquieta
 Agita ya las cuerdas de la lira
 Que anhela por sonar: cante el poeta,
 Y que obedezca al númen que le inspira.

POETA.

Cantar, yo cantaré; mas ¿por ventura
 Quereis tambien que á interrumpir me atreva
 Su curso hermoso á tan sereno día?
 ¿Quereis que la voz mía
 En sus robustos tonos,
 Como ya lo acostumbra, airada y fiera,
 Rayos despida á los soberbios tronos?
 ¡Vano teson! Los hombres olvidados,
 Como se llevan á la mar los rios,
 Á la vil servidumbre así se llevan,
 Y con sus hombros la injusticia elevan.
 Allá se avengan; á los piés se humillen

De la siempre insolente tiranía,
 En tanto que nosotros consagramos
 Las horas al placer y á la alegría.
 Bebamos pues; nuestro apacible acento,
 Fuerzas cobrando en el licor divino,
 Salga mas grande á penetrar el viento,
 Suba mas dulce á celebrar el vino.

CORO.

Bebamos pues; nuestro apacible acento,
 Fuerzas cobrando en el licor divino,
 Salga mas grande á penetrar el viento,
 Suba mas dulce á celebrar el vino.

POETA.

Cuando inspirado el lírico latino,
 Glorias de Baco en su laud cantaba,
 El oriente á su carro encadenaba,
 Que de tigres fierísimos uncía.
 ¿Quién al dios de la risa y la alegría
 En tan terrible pompa conociera?
 Quién sin dolor contemplara á Lico,
 Ya llenando de horror los horizontes
 Cuando apedaza bárbaro á Penteo,
 Ya hinchendo en frenesí madres y esposas,
 Y al grito de las Ménades furiosas
 Las cavernas bramar, y arder los montes?
 ¡Triste alabanza! ¡Cántico inhumano!
 Odiar, matar, despedazar furioso
 Son dones propios de cualquier tirano.
 Mas le quiero yo ver la sien ceñida
 De pámpanos pacíficos, riendo,
 En brazos de su Ariadna reclinado,
 Besando á veces su turgente seno,
 Y á su presencia amiga
 Desterrando el mortífero veneno
 Del esquivo cuidado y la fatiga.

¿Quién basta ¡oh Baco! á celebrar tus dones?
 Tú, cuando braman las pasiones ciegas
 Á modo de huracan dentro del pecho,
 Eres iris de paz que las sosiegas.
 Tu aliento al afligido
 Las dolorosas lágrimas enjuga,
 Y á la desconfianza sospechosa
 La encapotada frente desarruga.
 ¿Qué mas? Hasta el esclavo
 Vilmente atado á la servil cadena,
 Cuando el ardor de tu licor le llena,
 Sacudiendo su pena, alegre canta,
 Y á su señor insulta,
 Y al Olimpo la frente audaz levanta.
 ¡Prodigio sin igual! ¡Digna victoria
 Del rubio dios que del oriente vino!
 Bebamos en sus honor, suya es la gloria.
 — ¡Gloria sin fin al inventor del vino!

CORO.

¡Prodigio sin igual! ¡Digna victoria
 Del rubio dios que del oriente vino!
 Bebamos en su honor, suya es la gloria.
 — ¡Gloria sin fin al inventor del vino!

POETA.

Mas ya no basta á contener mi acento
 Este breve horizonte, ya ambicioso
 Otros mas anchos ámbitos desea.
 ¡Oh, si el eco de paz yo dar al viento
 Pudiese, y que á mi voz quedase ocioso
 El hierro que aterrando centellea!
 Dame tu aliento, ¡oh Baco! dame el vuelo
 De los bóreas aligeros, y al punto
 Arrebátame allá donde irritado,
 Con sangre hinchado y la corriente aun roja,
 Al mar helado el Vistula se arroja.

Tres déspotas allí mandan la muerte:
 ¡Sacrilogos! Al tiempo
 Que hace el genio del mal paz con el mundo,
 Que todo vive y por vivir anhela,
 Ellos matan: ¡qué horror! — Ved al oriente
 La primavera hermosa
 Mostrar festiva su purpúrea frente.
 La copa de los árboles pomposa
 Grata sombra nos da, nido á las aves,
 Y dulce juego al céfiro lascivo.
 Brillante el sol, desde su excelsa cumbre
 Inunda al universo
 En torrentes de lumbre;
 Mientras la flor brotando el prado esmalta,
 Y en la torcida madre que le encierra
 Por guijas de oro el arroyuelo salta.
 ¿Dónde el Vistula fué? ¿Dónde la guerra?
 Cual cometa á mi vista aparecieron,
 Como prestos relámpagos huyeron.
 ¡Oh! no vuelvan jamás: perdí el camino;
 Le cobraré bebiendo; y que mi canto,
 En vez de daros belicoso espanto,
 Os dé el encanto que respira el vino.

CORO.

¡Oh! no vuelvan jamás: perdió el camino;
 Que le cobre bebiendo; y que su canto,
 En vez de darnos belicoso espanto,
 Nos dé el encanto que respira el vino.

POETA.

Brindemos; ¿y por quién? Por la hermosura.
 ¿No veis al rebullir del fresco viento
 Y á la vivaz fragancia de la flores
 Despertar en enjambres los amores?
 Que cada cual al punto por su amiga
 Beba, que cada cual la encuentre siempre

Mas fresca y mas hermosa
 Que por abril la rosa;
 Siempre brillante y pura
 Como es brillante el sol, puros los cielos.
 Nunca sospecha ó ponzoñosos celos
 Osen romper tan amorosos lazos;
 Que á sus abrazos cedan los abrazos
 Del álamo y la vid, y que á sus besos
 Cedan tan bien en fuego y en dulzura
 Las deliciosas chispas centellantes
 Que ora en este licor mi labio apura.
 Bebamos : acordémonos que un día
 Dijo riendo Vénus á Lico :
 « Tu ardor va á par con la belleza mia ;
 Tú igualas el poder con el deseo. »

CORO.

Bebamos : acordémonos que un día
 Dijo riendo Vénus á Lico :
 « Tu ardor va á par con la belleza mia ;
 Tú igualas el poder con el deseo. »

POETA.

Mas dejemos á amor : amor se agrada
 En el silencio, y delicado y niño,
 Hasta el aire le ofende, y goza solo.
 La amistad es social : pródigo el cielo,
 Dió á la dulce amistad ser el consuelo,
 Ser el encanto de la humana vida...
 ¡Ay! ¿por qué, amigos míos,
 Por qué esta amarga lágrima vertida
 Mi inflamada mejilla baña ahora?
 ¿En dónde están los pérfidos que un día
 Con horrenda traicion mi amor pagaron,
 Y á modo de asesinos?... ¡Ah infelices!
 Jamás su alma alevosa
 Tendrá ya este placer, esta alegría

Que ora tan pura en mi interior rebosa.
 Volvedme el vaso á henchir, brindad conmigo
 Y otra vez le apurad. Por este cielo,
 Por este sol que nos alumbra y mira,
 Por este puro céfiro que espira
 Y en mi frente el sudor volando orea,
 Por el vivo placer que nos recrea,
 Tocad las copas, y juremos todos
 Que tan dulce amistad eterna sea.
 No importa al juramento estar beodos;
 No importa, no; jurad, bebed sin tino;
 Vuelva el aplauso, la algazara vuelva,
 Hierva en los vasos rebosando el vino,
 Y á voces torne á retumbar la selva.

CORO.

Vuelva el aplauso, la algazara vuelva,
 Hierva en los vasos rebosando el vino,
 Y á voces torne á retumbar la selva.

(Abril de 1807.)

EL PANTEON DEL ESCORIAL.

En los amargos días
 Que serán luto eterna en la memoria,
 Y á los siglos remotos indignada
 Con hiel y llanto pintará la historia;
 Cuando después de reluchar en vano
 Con la dura opresion en que gemia
 La tierra, sin aliento al yugo indigno
 El cuello pusilánime tendia;
 Al tiempo que el destino,
 Las espantosas puertas desquiciando
 Del imperio del mal, sus plagas todas
 Sobre España lanzaba,
 Y ella miseramente agonizaba :
 Yo entonces afligido,

• Pide, dije á mi espíritu, sus alas
A la paloma tímida, inocente ;
Tómalas, vuela, y huye á los desiertos,
Y vive allí de la injusticia ausente. »

Al punto presurosas
Mis plantas se alejaron
Á las sierras nevadas y fragosas,
Lindes eternos de las dos Castillas.
Ya sus cimas hermosas
Mi pensamiento alzaban
Del fango en que tú ¡oh corte! nos humillas.
Cuando mis ojos la mansion descubren
Que en destinos contrarios
Es palacio magnífico á los reyes
Y albergue penitente á solitarios.
En vano el genio imitador su gloria
Quiso allí desplegar, negando el pecho
Á la orgullosa admiracion que inspira ;
« ¡Artes brillantes, exclamé con ira,
Será que siempre esclavas
Os vendais al poder y á la mentira!
¿Qué vale ¡oh Escorial! que al mundo asombres
Con la pompa y beldad que en tí se encierra,
Si al fin eres padron sobre la tierra
De la infamia del arte y de los hombres?

¡Mas no es tumba tambien!...» Y en esta idea
Embebecido el pensamiento mio,
Quise al recinto penetrar, en donde
Bajo eterno silencio y mármol frio
La muerte á nuestros principes esconde.
¡Salud, célebres urnas! En el oro,
En las pomposas letras que os coronan,
Decidme, ¿qué anunciáis? ¿Tal vez memorias,
Memorias, ¡ay! en que la mente opresa
Con el dolor presente
Pueda aliviarse al contemplar las glorias
Que un tiempo ornaban la española gente?

¡Sepuleros, responded!... Y de repente
Vuélvense de la bóveda las puertas
Sobre el sonante quicio estremecido ;
La antorcha muere que mis plantas guia,
Y embargado el sentido,
Mil terribles imágenes se ofrecen
Á mi atemorizada fantasia.

Tú que ciñendo de laurel la frente,
Con austero semblante
Y en perdurable verso
Presentas la verdad al universo,
Sin que el halago pérfido te vicie
Ni el ceño de los déspotas te espante :
¡Oh Musa del saber! mi voz te implora ;
Vén, desata mi labio, en digno acento
Dame que pueda revelar ahora
Lo que vi, lo que oí, cuánto escondido,
Sin que los hombres á entenderlo aspiren,
Yace allí entre las sombras y el olvido.

Un alarido agudo, lastimero,
El silencio rompió que hondo reinaba,
Mientras las urnas lánguida alumbraba
Pálida luz de fósforo ligero.
Levanto al grito la aterrada frente,
Y en medio de la estancia pavorosa
Un jóven se presenta augusto y bello.
En su lívido cuello
Del nudo atroz que le arrancó la vida
Aun mostraba la huella sanguinosa ;
Ya una dama á par de él tambien se via,
Qué, á fuer de astro benigno, entre esplendores
Con su hermosura celestial seria
Del mundo todo adoracion y amores.
¿Quién sois? iba á decir, cuando á otra parte
Alzarse vi una sombra, cuyo aspecto
De odio á un tiempo y horror me estremecia.
El insaciable y velador cuidado,

La sospecha alevosa, el negro encono,
De aquella frente pálida y odiosa
Hicieron siempre abominable trono.
La aleve hipocresía,
En sed de sangre y de dominio ardiendo,
En sus ojos de víbora lucía;
El rostro enjusto y miserables facciones
De su carácter vil eran señales,
Y blanca y pobre barba las cubría
Cual yerba ponzoñosa entre arenales.

Los dos al verle con dolor gimieron:
Paráronse, y el jóven indignado,
«¿Qué te hicimos? ¡oh bárbaro! exclamaba;
¿Conoces á tus víctimas?» — «Respetá,
Dijo el espectro, á quien el ser debiste;
Por el bien del Estado al fin moriste.
Resignate.»

EL PRINCIPE CÁRLOS.

«¡Oh hipócrita! La sombra
De la muerte te oculta, ¿y aun pretendes
Fascinar, engañar? Cuando asolados
Por tu superstición reinos enteros,
Yo los osé compadecer, tú entonces
Criminal me juzgaste, y al sepulcro
Me hiciste descender. Mas si en el pecho
De un hijo del fanático Felipe
No pudo sin delito haber clemencia,
¿Cuál fué, responde, la secreta culpa
De esta infeliz para morir conmigo?
Ni su sangre real, ni el ser tu esposa
Ni su noble candor, ni su hermosura,
De tí pudieron guarecerla.» —

Un hondo
Gemido entonces penetró los aires,
Que al desplegar sus labios dió la triste.

ISABEL DE VALOIS Ó DE LA PAZ.

«¡Ay, prorumpió, de la que nace hermosa!
¿Qué la valdrá que en su virtud confie,
Si la envidia en su daño no reposa,
Y la calumnia hiriéndola se rie?
Yo di al mundo la paz, Paz me nombraron.
Quise al cruel que se llamó mi esposo
Un horror impedir, y este es mi crimen.
Pedi por tí con lágrimas; mis ruegos,
Cual si de un torpe amor fuesen nacidos
Irritaron su mente ponzoñosa.
La vil sospecha aceleró el castigo,
Y sin salvarte, perecí contigo:
¡Ay infeliz de la que nace hermosa!»

Dijo; y vertiendo lastimoso llanto,
En los hombros del jóven reclinada,
Sus ojos melancólicos y bellos
Fijaba en él, y la amistad mas viva,
Las mas noble piedad reinaba en ellos.
Entre sus manos frias
Se miraba la copa envenenada
Que terminó sus dias,
Y el Príncipe en las suyas agitando
Un sagriente dogal, con faz terrible
Á su bárbaro padre atormentaba.
El tirano temblaba; en sordos ecos
Desesperados ayes
Su boca despedía,
Y de sus miembros trémulos
En convulsiones hórridas
Brotaba á su despecho la agonía.
Sí, nacer para el mal, romperse el velo
De la ilusión que arrebató hácia el crimen,
Presentes ver la víctimas que gimen,
Ser odio, execración del universo,
Mirar que niega la implacable suerte

Todo retorno al bien ; ¡ay ! al perverso
 Este infierno tal vez en vida alcanza,
 Si aun le sigue á los reinos de la muerte,
 ¡Qué terrible, oh virtud, es tu venganza !

Sobrepujando en fin por un momento
 La agitacion, y vuelto hácia su hijo :

FELIPE II.

« Cesa, cruel, de atormentarme, dijo ;
 Tu muerte injusta fué ; pero el Estado
 Con ella respiró. Si tú vivieras,
 Rota la paz, turbada la armonía
 De un imperio hasta allí quieto y sereno,
 Tú profanaras su inocente seno
 Con atroz sedicion, con la herejía. »

EL PRÍNCIPE CÁRLOS.

« Mandar, solo mandar, que se estremezca
 La tierra á vuestro arbitrio, este es el órden,
 Esta la ley con que regis al mundo
 Tú y tus iguales, y al ahogar la vida
 De las naciones miserables que os sirven
 Dais el nombre de paz al desaliento
 De la devastacion. ¡ Oh de Felipe
 Hijos, nietos imbéciles, decidle
 Qué resta ya de la nacion que un tiempo
 Al mundo dominó como señora :
 Alzáos del povo, y respondedle ahora ! »

Á los tremendos ecos
 De la imperiosa voz, que resonando
 Fué como trueno bronco por los huecos
 De aquellas tumbas, de repente abiertos
 Sus mármoles, tres sombras abortaron,
 Que en vez de amor ú horror, desprecio solo
 Y piedad injuriosa me inspiraron.

Alzaba al cielo sin cesar los ojos
 Con apariencia mística el primero,
 Dejando el cetro en tanto por despojos
 A un mercenario vil, cuya avaricia,
 Mientras mas atesora, mas codicia.
 En juegos, danzas, farsas distraido,
 Y al crótalo procaz dando el oido,
 El segundo se entrega á los placeres,
 Y el reino y el deber pone en olvido.
 Trémulo el otro respiraba apenas.
 ¡ Oh Dios ! ¿ Y esto era rey á tanto imperio ?
 Nulo igualmente á la virtud que al vicio,
 Indigno de alabanza ó vituperio,
 La estrella ingrata que su ser gobierna
 Le destinó en el mundo
 Á impotencia oprobiosa, á infancia eterna.

Viólos Felipe, y en aquel momento
 Lució en su faz la majestad pasada ;
 Viólos, y dijo :

FELIPE II.

« ¿ Quiénes sois ? ¿ Qué hicisteis
 Del inmenso poder que se extendía
 Con pasmo universal de polo á polo ?
 Tal os le di muriendo. Al nombre hispano,
 Á su esplendor y bélica fortuna
 Tembló el francés, se estremeció el britano,
 Y le oyó con terror la media luna. »

FELIPE III.

« Yo nací para orar : un solo día
 Quise mostrarme rey, y de sus lares
 Á las arenas líbicas lanzados
 Un millon de mis súbditos se vieron.
 Los campos todos huérfanos gimieron,
 Lloró la industria su viudez ; ¿ qué importa ?
 Su voz no llegó á mí. »

FELIPE IV.

« Ya el trono de oro,
Que á tanto afan alzaron mis abuelos,
Debajo de mis piés se derrocaba;
Mientras que, embebecido entre festines
Yo, olvidando mi oprobio, respiraba
El aura del deleite en los jardines. »

CÁRLOS II.

« Yo inútil... »

FELIPE II.

« Basta ya ; ¿ quién hay que al verte
Pueda ignorar la deplorable suerte
De este imperio, en tus manos moribundo ? »

EL PRÍNCIPE CÁRLOS.

« Aun no basta ; responde : ¿ á quien el mundo
Te vió dejar el vacilante trono ?
Á quién diste el poder de Austria ? »

CÁRLOS II.

« A la Francia. »

FELIPE II.

« ¡ Á la Francia ! ¡ Á esa gente abominable,
Eterno horror de la familia mia !
¿ Lo oyes, oh padre ? Las legiones fieras,
Que en San Quintin triunfaron y en Pavia,
Bajo el yugo se ven de los vencidos.
¿ Cómo España es tan vil, que lo consienta ?
No hay duda, un astro pérfido, inclemente,
Se ha complacido en eclipsar mi nombre,
Y el mundo en vano me llamó *el Prudente*. »

Asi en estos inútiles clamores
Su confusion frenético exhalaba,
Cuando las losas del sepulcro hendiendo,

Se vió un espectro augusto y venerable,
Que á los demás en majestad venia.
El águila imperial sobre él tendia
Para dosel sus alas esplendentes,
Y en arrogante ostentacion de gloria
Entre sus garras fieras y valientes
El rayo de la guerra arder se via,
Y el lauro tremolar de la victoria.
Un monte de armas rotas y banderas
De bélicos blasones
Ante sus piés indómitos yacia :
Despojo que á su esfuerzo las naciones
Vencidas, derrotadas, le rindieron.
Las sombras á su aspecto enmudecieron ;
Y él, con fiero ademan vuelto al tirano,
Dijo :

CÁRLOS V.

« ¿ Por qué culpar á las estrellas
De esa mengua cruel ? Por qué te olvidas
De tu ambicion fanática y sedienta,
Que de prudencia el nombre sacrosanto
A usurpar se atrevió ? Yo los desastres
De España comencé y el triste llanto
Cuando, espirando en Villalar Padilla,
Morir vió en él su libertad Castilla.
Tú los seguiste, y con su fiel Lanuza
Calló Aragon gimiendo. Así arrollados
Los nobles fueros, las sagradas leyes
Que eran del pueblo fuerza y energía.
¿ Quién, insensato, imaginar podría
Que, en sí abrigando corazón de esclavo,
Señor gran tiempo el español seria ?
¿ Qué importaba después con la victoria
Dorar la esclavitud ? Esos trofeos
Comprados fueron ya con sangre y luto
De la despedazada monarquía.
Mírala entre ellos maldecirme á gritos. »

Y era así ; que agoviada con el peso
De tanto triunfo allí se querellaba
Doliente y bella una mujer, y en sangre
Toda la pompa militar manchaba.
Él prosiguió :

CÁRLOS V.

« ¿ Las oyes ? Esas voces
De maldicion y escándalo sonando
De siglo en siglo irán, de gente en gente.
Yo el trono abandoné, te cedi el mando,
Te vi reinar... ¡ Oh errores ! ¡ Oh imprudente
Temeridad ! ¡ Oh miseros humanos !
Si vosotros no haceis vuestra ventura,
¿ La lograréis jamás de los tiranos ? »

Llegaba aquí, cuando de la alta sierra
Bramador huracan fué sacudido,
De tempestad horrisona asistido,
Para espantar y combatir la tierra.
Derramóse furioso por los senos
Del edificio ; el panteon temblaba ;
La esfera toda se asordaba á truenos ;
Á su atroz estampido
De par en par abiertas
Fueron de la honda bóveda las puertas :
Entraron los relámpagos, su lumbré
Las sombras disipó, y enmudecido,
Y envuelto yo en pavor, cobro el sentido,
Cual si con tanta majestad quisiera
Solemnizar el cielo
La terrible leccion que antes me diera.

(Abril de 1505.)

ÍNDICE

Estudio Crítico Biográfico. Pág.

PARTE PRIMERA. — HISTORIA.

VIDA DE LOS ESPAÑOLES CÉLEBRES.

Prólogo.	1
El Cid.	7
Guzman el Bueno.	27
Roger de Lauria.	43
El Principe de Viana.	87
El Gran Capitan.	127
Francisco Pizarro.	203

PARTE SEGUNDA. — LITERATURA.

POESÍAS.

Introduccion histórica á una coleccion de poesias, caste- llanas.	379
1 Al Mar.	437
2 Á la Hermosura.	442
3 Al Sueño.	446
4 Á la Invencion de la Imprenta.	448
5 Á Juan de Padilla.	454
6 Al armamento de las provincias españolas contra los fran- ceses.	460

	Pág
7 Al combate de Trafalgar.	465
8 Á la Expedicion Española para propagar la vacuna en América	471
9 Á la paz entre España y Francia en 1795.	476
10 Á España despues de la Revolucion de Marzo.	479
11 Á Luisa Todí.	483
12 Á Melendez.	489
13 Á Guzman el Bueno.	491
14 Á la Duquesa de Alba.	495
15 Á don Nicasio Cienfuegos.	498
16 Á don Gaspar de Jovellanos.	506
17 Á Célida.	513
18 Á Fileno.	517
19 Á una negrita.	523
20 Á don Ramon Moreno.	526
21 Despedida á la juventud.	532
22 En la muerte de un amigo.	533
23 Fragmentos de una traduccion del Pastor Fido.	539
24 Ariadna.	550
25 La Danza.	554
26 Para un convite de amigos.	558
27 El Panteon del Escorial.	563
Índice de materias	573

FIN DEL TOMO PRIMERO Y ÚNICO.

